

...nision, sin miedo. NO son
...os y banderos. Los políticos no
...edios dicen que es democracia.
... Si no nos dejáis soñar, no os
... Reforma electoral ya. ¡Indignate!
... sistema, el sistema es antinso
...ividad. ¿Es tu confalio?

REBELDE SIN CASA

Blanca Álvarez

*Aquel niño seguía columpiándose en su corazón.
Gonzalo Suárez, El síndrome del albatros*

Durante unos segundos —la tregua necesaria antes de penetrar en el definitivo mundo de las sombras—, Álvaro comprende, de golpe y casi mágicamente, todos los secretos velados a sus casi dieciséis años. Envuelto en una luminosa e incompresible luz, vislumbra el corazón palpitante del amor, la ternura de las caricias, la verdad de los silencios y el largo túnel de las mentiras necesarias para sobrevivir. Las mentiras de otros que lo encerraron entre barrotes tan invisibles como la falta de cariño, la negación y la pausada burla del destino.

Ahora, con una claridad cegadora, Álvaro distingue los gestos monótonos de la desgracia cercando su vida: el azúcar mortal en el cacao, la culpa cabalgando a lomos de una mirada, la espalda de todos los abandonos. Finalmente, una sonrisa, conocida y amada, se posa sobre sus párpados.

Por un segundo, la visión fugaz le provoca una sonrisa: sobre los adoquines del suelo, al alcance de su mano, ve una gorda y brillante rana intentando sostenerse sobre unos tacones rojos. La inaudita visión lo lleva a las palabras de Estefanía, como una caricia sobre su cabeza.

La única que no rechazó acariciarlo.

Antes de Carmen, claro. Pero lo de Carmen fue diferente.

Lamenta que ni un mísero gorrión se acerque hasta su rostro; tampoco se levantarán los árboles del cemento como había soñado.

Está solo.

Piensa en la frase de un actor: “Todos vivimos mientras nos recuerden”. Tal vez mañana mismo nadie lo recordase.

Justo en ese momento comprende que morir apenas significa otra cosa que recordar la vida.

1 *La caricia de hielo*

—¡ASCO de vida!

Lo murmura casi sin ruido, pero sus palabras chocan contra los dientes como guijarros. Todo parece haberse llenado con los ruidos cotidianos: los vecinos, tan cerca que podrían olfatearse, repiten gestos, gruñidos, bostezos, gritos y amenazas, con horario puntual y monótono. Álvaro se levanta cansado. Lleva años sintiendo un cansancio sordo por entre los huesos y el alma. Se frota los ojos para espantar las telarañas del sueño y avanza hasta el reducto de la cocina. Al baño decide no ir; a esas horas, el baño común para cuatro familias estará saturado; algunos vecinos han construido baño en la casa; en la suya, su padre, antes de aquello, había diseñado uno sencillo: lavabo, váter, plato de ducha. Ahora solo queda el recuerdo de dos paredes en la esquina del tendedero, azulejadas y aburridas; también un agujero, tapado ahora con una plancha de metal: el lugar por donde se coló la desgracia.

Algunos días, Álvaro cree que esas dos paredes de azulejos azules se burlan, de él, de todos los que aún conviven bajo aquel techo. Los restos de una familia.

Se lleva la mano a la cabeza y recuerda el cambio de *look*, realizado por su hermana dos días antes, cuando fue a verla para buscar un resto de ternura. Estefanía es la única para quien resulta visible. Le cortó el pelo con maquinilla desde la nuca hasta media cabeza. Después le puso fijador. “¡Te ves muy bien!” La dejó hacer porque al menos así sentía unas manos sobre su cabeza. Su madre ni reparó en el nuevo corte. Los pequeños trataron de burlarse y bastó con amenazarlos poniendo un puño cerrado cerca de sus risas.

Necesita ir al baño, pero decide aguantar.

Al cruzar el marco de entrada a la cocina siente en la cara una ligera bofetada fría. Se cubre el rostro con ambas manos justo cuando comprende que no es real.

Llevaba tiempo de no sentir nada de todo aquello. Se creyó liberado.

Falso. No se libraría nunca.

Los fantasmas nunca se van.

A través de los cristales no demasiado limpios entra, de nuevo, un día radiante y sofocante; el otoño no parece decidido a llegar ese año.

En cambio, los fantasmas regresaban, sin aviso ni cita, al mismo lugar de siempre: la entrada de la cocina.

Por lo demás, la escena se repite idéntica. Almudena, la madre, con el aspecto envejecido y cansado de una anciana a sus apenas cuarenta y seis años, intenta que el abuelo desayune la misma papilla para niños de cada día, sin mucho éxito; Ruth y Juan también desayunan, en silencio, pero, piensa Álvaro, "al menos ellos están libres de fantasmas".

Un fantasma personal. Álvaro es el único de la familia perseguido por el espectro sin sombra. Eso sí, con nombre, aunque jamás se pronuncie. Nadie lo menciona, pero Álvaro intuye que todos sienten sus pasos y notan la brisa de su presencia.

Por eso el abuelo, a veces, grita frases absurdas; por eso Almudena no levanta la vista, y si ya no llora tan solo se debe a haber agotado todas las reservas de lágrimas.

Por eso, Ruth y Juan han creado un círculo exclusivo donde habitan como si llevaran escafandra.

Por eso, Álvaro intuye que lleva años tan muerto como el fantasma.

Se sienta.

Nadie da los buenos días; tal vez los buenos días se marcharon de la casa cinco años atrás para no volver.

Nadie le pregunta si tiene hambre o si ha dormido bien.

Nadie mira a nadie. Comparten el espacio tratando de no rozarse, de no verse.

Como siempre.

Álvaro ni siquiera tiene hambre: la caricia del fantasma ha llegado hasta su estómago y lo ha cerrado.

Justo cuando se levanta para recoger el cazo con la leche, el abuelo lanza un buche de papilla envuelto en algo similar a un ataque de tos. Álvaro sabe que no es casual, que aquel vómito de comida le va dirigido expresa y personalmente. Hace tiempo que ya ni siquiera le importa.

—¡Joder, padre!

Almudena limpia los restos esparcidos por el babero, la mesa, su propia ropa y el suelo. Mira hacia los hermanos pequeños, pero no, a ellos no los alcanzó el ataque de tos.

—A ver si tie usted un poco de cuidao, que ando reventá, padre.

Lo murmura, sin quejarse demasiado. Todo cuanto se podía quejar y llorar lo soltó durante las semanas que siguieron a la desgracia.

Cinco años atrás.

Todo había sucedido cinco años atrás.

Ni el pasado, ni, por supuesto, todo cuanto vino después, logró borrar ese momento.

Un momento de alquitrán donde quedaron atrapados sin remedio. Especialmente él.

—Vosotros —mira a los dos hijos pequeños—, arreando, que no llegáis.

No necesita poner nombres, Álvaro se sabe excluido incluso de las órdenes. Para su madre se ha convertido en un objeto, casi transparente; molesto, si logra distinguirlo. Al

principio intentaba provocarla, llamar su atención de alguna manera, buscando incluso una bofetada o un coscorrón.

Si te riñen o te golpean, de alguna manera, existes.

Nada.

Oculta la cabeza en el tazón de leche. Sobre la mesa quedan restos de pan duro y una caja de cereales. Si llevara hasta su estómago algo sólido saldría empujado por el volcán que le abrasa el interior.

Almudena ha dejado al padre en la silla, quieto y mudo, y se enfrenta a la pila de cacharros sucios.

“¡Mamá!”, grita sin abrir la boca ni cerrar unos ojos implorantes posados en la espalda materna.

Justo en ese momento llaman a la puerta. La mujer siente un escalofrío: nunca llegan buenas noticias. Teme un certificado por algún recibo impagado, alguna factura de esas que se han inventado para reventar aún más las flacas costuras de los miserables que se niegan a vivir en las aceras. Tal vez lleguen a comunicarle la muerte de Basilio, y le zumban los oídos con la última frase escuchada: “Ni muerto, no vuelvo ni muerto, ¡por estas!”. Seguro que se besó los índices cruzados al decirlo, pero ella no miró. Por aquellos días, Almudena ya no podía ver nada, ni siquiera la fuga del marido.

Después, la ceguera se hizo permanente.

No se mueve, con el estropajo levantado en una mano y un tazón en la otra, la mujer espera. Espera no haber oído la llamada. Espera.

El timbre insiste.

Álvaro sigue mirando la espalda materna, el gesto pétreo del abuelo arrumbado en la silla y fingiendo ver a través de los cristales. Él tampoco espera buenas noticias tras el timbre. Encoge los hombros.

—Almudena, mujer, abre, que soy yo, Diana —gritan a través de la endeble puerta; en realidad podría tumbarla con un ligero empujón.

Todo en aquella corrala podría derrumbarse con un ligero empujón, incluidos los vecinos. Ahora les han puesto unos soportes de hierro en la terraza colectiva. Por entre los desconchados, las vigas de hierro convierten a los vecinos en prisioneros de su propia miseria.

—Mal rollo —murmura Álvaro.

La mujer, como si despertara de un sueño, suelta el tazón y el estropajo, se limpia las manos en el viejo delantal y arrastra los pies en dirección a la puerta. Álvaro no soporta el ruido de sus zapatillas arañando las baldosas, le producen un chasquido eléctrico en los dientes. Deja la leche y regresa al cuarto; espera poder vestirse y escabullirse sin que aquella maldita chismosa, peor que un madero, escarbe en sus asuntos.

—¡Espera, Álvaro! —La voz firme de Diana le aprieta el brazo y la siente en la garganta—. Por favor, siéntate.

Le molesta mucho más que lo trate con educación que a voces e insultos. Baja la cabeza y se sienta en el mismo sitio de antes. Enfrente, su madre se retuerce las manos sobre la mesa y la trabajadora social mantiene una carpeta abierta y un bolígrafo en la mano derecha.

—¿Puedes mirarme?

Álvaro levanta la vista mientras se pregunta si no será una policía camuflada de asistente social. Una oleada de odio le sube desde el volcán del estómago. El suyo no es un odio personal, destinado a Diana en concreto, se trata de un sentimiento generalizado y que, en realidad, abarca al conjunto del Universo.

—Venía para decirle a tu madre que me han llamado del instituto; llevas un mes de clase y ya has faltado más de diez veces. —Inclina la cabeza y espera una respuesta que no llega—. Mira, sé que no son buenos tiempos...

“¡Vete a la mierda!” De nuevo lo grita sin abrir la boca. Mucho peor que cualquier bronca, al menos para él, es ese intento de fingir comprender la situación del otro, “¡como si pudiera saber la tía!”. Lanza una ojeada a su madre: ni un

gesto, ni una mirada. ¿Conoce Diana el desinterés de su madre? Decide atacar.

—¡Total! Están de protestas y de huelgas. ¿Qué no te has enterao?

—Primero —el chico resopla: habrá sermón—, no todos los días hay huelga; segundo, no creo que tú te hayas sumado a la protesta.

—¡Ah, no! —Intenta fulminarla, sin éxito, claro—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque te importa todo un pepino, ¿me equivoco?

—Vale. —Si lo sabe, por qué no lo deja en paz.

—Tienes quince años, Álvaro.

—Casi dieciséis —protesta sin demasiado empeño.

—O sea —Diana continúa sin inmutarse—, estás obligado a estudiar, o al menos, a asistir a clase. —Deja el bolígrafo sobre la mesa, cruza los dedos sobre la carpeta abierta—. Te pregunté si preferías ir a Formación Profesional.

—Psss.

—Mira, Álvaro, puede que a ti te importe todo una flauta, pero si faltas a clase, a tu madre se le acaban las ayudas.

—¿Qué ayudas? —“¡Maldito zorrón!”.

Diana no debía de esperar esa pregunta. Álvaro siente que, al menos en ese momento del combate, el rechazazo lo ha lanzado él. Les habían ofrecido una ayuda por cuidar del abuelo, ayuda que no llegó nunca; les ofrecieron poner una denuncia al padre para obligarlo a pasar una pensión de alimentos y resultó que no hubo forma porque su padre no trabajaba, o al menos no figuraba en ninguna empresa, ni siquiera en el Servicio Público de Empleo Estatal. Las “ayudas” de que hablaba Diana se limitaban a un vale para comprar los libros de los hermanos; también los suyos, que ni siquiera fue a recoger; dos vales de comida al año, uno de los cuales sería por Navidad, y un curso de algo relacionado con “atención a enfermos y ancianos”, al cual había asistido su madre el año anterior durante dos meses, por los cuales le pagaron trescientos euros.

¿Con eso pretendía chantajearlo?

Sin embargo, su madre parecía aliviada cuando Diana hablaba con ella. Al menos daba la impresión de que una parte de la carga que llevaba sobre sus espaldas desaparecía durante unos minutos.

—Bueno, hoy iré contigo al instituto, y hablaremos con la directora.

Diana escribe algo en la carpeta, la cierra y se levanta.

—Te veo la semana que viene, Almudena. —Mira al abuelo—. ¿Te ayudo a sacarlo? —La madre niega con la cabeza y la asistente social coloca una mano sobre el hombro de la mujer, después se vuelve hacia él—. ¿Vamos?

—No me queda otra, ¿no?

—Pues no. Espero a que te vistas.

Diana frunce la nariz. El chico sabe que necesita una ducha pero la del baño colectivo suele estar atascada y no le apetece soportar los olores.

Tendrá que ir al instituto.

Ni siquiera se trata de que no le guste ir a las clases, por más que lleva años sin lograr enterarse de nada. Tampoco hace mucho más que deambular sin rumbo. Bueno, hoy justamente había quedado con Bruno, ¡mala suerte!

—Tengo que ir a mear —dice cuando cierran la puerta de casa. No se ha lavado; en realidad no ha pasado por el baño colectivo. Podría esperar hasta llegar al instituto, al menos el baño estaría más limpio, pero lo suelta para que aquella envarada profesional de las ayudas y la carpeta se sienta incómoda.

—Vale —responde Diana mientras aprieta contra el pecho la carpeta en un gesto defensivo. Diana va con frecuencia a la corrala, pero no ha logrado sentirse cómoda nunca. Álvaro sonríe mientras desea que alguno de los inquilinos la provoque. No lo harán, tan solo por el miedo a perderla posibilidad de una ayuda, pero a la señorita siguen molestandole los olores rancios y desagradables que llenan el aire de aquel patio interior medio en ruinas, el patio donde

su abuelo pasará la mañana tomando los malos aires del lugar, porque no existe modo de bajarlo hasta la calle.

A veces, Álvaro se siente prisionero en una ratonera sin salida. Como todos.

El baño colectivo, como esperaba, apesta a orines y rebosa mugre. No llega a bajarse los pantalones cuando una arcada, similar a la falsa tos del abuelo, lanza el tazón de leche bebido junto con un líquido verdoso que casi le abrasa la garganta al salir.

El olor del vómito se suma a la falta de una buena ducha desde hace semanas, y Álvaro siente algo similar al vértigo de los suicidas al borde del puente. Se moja la cara en el lavabo; la falta de espejo le impide comprobar que su piel muestra el color de la cera enferma.

—¿Estás bien? —pregunta Diana extendiendo una mano hasta su cabeza, pero sin llegar a tocarla.

—¡Fatal!

Nadie lo toca, salvo Estefanía, esa hermana que sí debería odiarlo y sin embargo parece sentir una extraña compasión hacia él. Su madre mira a través de su cuerpo como si fuera cristal; sus hermanos procuran no acercarse demasiado. Comparten casa pero habitan en mundos diferentes. El abuelo permanece inmóvil, pero él conoce bien la rabia que hace mover su dentadura cuando Álvaro está cerca. Su padre lleva desaparecido de sus vidas cinco años. Y Estefanía, la única que pareció quererlo siempre, lleva un año sin apenas asomar por casa. "Tengo novio", soltó un día como toda explicación, recogió sus cosas en un par de mochilas y se fue.

Álvaro piensa localizarla. Sabe que no ha salido del barrio. No le servirá la dirección de dos días atrás porque ya vio sus mochilas preparadas. Su hermana cambiaba de pareja y domicilio con más frecuencia que él de camisa. Pero, seguro, aún estará por el barrio. Bastará preguntar en el *pub* donde, dos veces por semana, Estefanía sirve copas y muestra los últimos tatuajes de su cuerpo.

Todos parecían comprender las rarezas de la hermana. Tal vez porque ella sintió más que nadie la muerte de Lorenzo. Eran mellizos. No se parecían en nada, pero Estefanía lo protegía como si en lugar de su hermana fuera su madre.

Nadie sale del barrio.

Estefanía, mejor que nadie, lo sabe. Fue ella quien le dijo, no recuerda cuándo: “Nunca, óyeme bien, nunca, te digan lo que te digan, se sale del agujero donde se nace. Trasladarás tu cuerpo, pero, el alma, esa se queda en el mismo agujero. Sería como intentar poner tacones a una rana”.

Caminan en silencio. Diana se ha quedado sin argumentos o sin ganas de repetir el mismo sermón. En el fondo conoce lo inútil de sus escasos esfuerzos; todo cuanto ella puede hacer es colocar curitas sobre heridas de bala. Y cuando alguien como Álvaro decide darse por vencido en la batalla de su vida, ni todo el apoyo del mundo puede devolverlo al juego de vivir. De todos modos, tampoco cuentan con esos apoyos; en la última reunión del equipo, el único punto del día fue la reducción a mínimos del presupuesto.

“Vaya, que ahora... ni dinero, ni profesionales. Eso sí, hacen llamamientos al voluntariado, así que, en breve, puede que nuestro trabajo desaparezca y vengan unas estupendas señoras voluntarias.”

Esas fueron las palabras de Marga, la supervisora del equipo.

Por su cuenta, Diana llevaba algo similar al *Libro de las desgracias*, escrito al margen de los informes oficiales; y en ese libro la familia de Álvaro, por derecho propio, ocupaba un lugar privilegiado, tal vez porque los conoció en plena crisis de desgracia, cinco años atrás, justo cuando ella comenzó a trabajar en la Unidad del barrio.

Diana trata de no pensar demasiado. Si baja la guardia y constata lo inútil de aquel trabajo, tendría que dejarlo. Im-

posible con un novio biólogo en paro y una hipoteca sobre sus cabezas. Lo malo era que el novio se había matriculado en alemán y solo pensaba en largarse del país.

Cuando pasan por delante de la Taberna de Antonio, Álvaro ve a Bruno fumando en la mesa; intenta poner cara de póquer a la pregunta muda de su cara. Lo de mirar hacia el interior es una costumbre más vieja que la cita con Bruno: desde que Basilio decidió huir de una casa convertida en velatorio perpetuo, no ha dejado de comprobar si estaba en el interior.

No. Su padre se ha fugado de sus vidas sin dejar ni pistas ni rastros.

A él también le gustaría perderse, dejar atrás la tristeza de su madre, la indiferencia brutal del abuelo, incluso la vida de los pequeños, tan remotos para él. Dejar atrás cualquier obligación salvo la de sentirse libre para envenenarse.

Envenenarse.

Intuye que tan solo Estefanía, por más remota que ande, ha sido el único freno para evitar quitarse la vida. Sin saberlo, se aferra a ese descuidado afecto de la hermana para no abrirse las venas o lanzarse desde un puente, o a las vías del metro.

Algo contundente y rápido.

—¿No dices nada? —pregunta de golpe Diana.

—¿Como qué? —No, a ella no le contará.

—Pues, por ejemplo, ¿qué te gustaría hacer? —Silencio, la mujer busca las palabras—. No sé, pintar grafitis, bailar...

—¿Está bromeando? —Se para, la mira. Conoce los trucos de adultos como ella para intentar romper las barreras.

—¿Bromeando? ¿Por?

—Pintar paredes es ilegal, ¿no?

—Sí. —Encoge los hombros, continúa buscando un resquicio—. Aunque alguno ha llegado a tener fama internacional incluso.

—¡Paso!

—Pasas de todo, ¿verdad?

No contestará. Aquella mujer, aún joven y bastante bonita, lo conoce desde hace años, justo desde aquel momento. Fue ella quien se acercó primero a él y, para desgracia de ese presente, vio sus únicas lágrimas. No volverá a llorar, ni delante de ella, ni del fantasma. Ni de nadie.

Nunca.

Diana no insiste. Recuerda su propia anotación en el expediente de aquella familia.

¡Ojo! Álvaro parece saber algo que calla.

Claro que entonces, al inicio de su trabajo, Diana aún creía posible salvar a alguno; aún se veía como una heroína dispuesta a enfrentar al dragón. Ahora tan solo se siente algo parecido a un perro guardián que controla los pequeños incendios; trata de apagarlos para evitar una hoguera imparable, y casi se limita a apoyar aquel cansado modo de sobrevivir que ha ido adquiriendo la gente del barrio. El dragón terminó devorándola también.